Los volcanes sagrados

Mitos y rituales en el Popocatépetl y la Iztaccíhuatl

JULIO GLOCKNER

Nueva edición, ampliada

BUAP

GS

Índice

Prólogo a la nueva edición 11

El ombligo del sueño 15

1. Cuando los volcanes nacieron 19
2. Cuando los volcanes andaban parados 23
3. La visita del volcán 33
4. Sueños 41
5. El Señor de la Esmeralda 51
6. Comer a los dioses 55
7. Tláloc bajo la nieve 67
8. El dios de lava blanca 79
9. El Señor de las Reliquias 85
10. El conocedor del tiempo 93
11. La memoria enemiga 109
12. Se asoman los antropólogos 123
13. Sobre un perro cruzarás el río 141
14. Palabras a La Volcana 151
15. El silencio y la sombra 161
16. Todo está lleno de espíritus 171
17. El volcán dinamitado 179
18. Gregorio Popocatépetl 191
19. La celebración de La Volcana 223
20. Gregorio en persona 239
21. Muerte simbólica y renacimiento a lo sagrado 247

Sobre *La fiesta de los cerros,* de Daniel Lezama 275

Obras consultadas 277

Créditos de fotografías 283

Prólogo a la nueva edición

Así como en el paisaje natural podemos reconocer la existencia de diversas temporalidades, que comprenden desde las eras geológicas hasta la flora que ha crecido con las últimas lluvias, en la sociedad podemos distinguir un paisaje cultural conformado por la convivencia de prácticas y representaciones del mundo que corresponden a distintas épocas. La sierra Nevada es una región en la que podemos encontrar claramente manifestada la confluencia de estos aspectos, que abarcan desde el remoto pasado mesoamericano hasta la moderna migración de jóvenes que se ven obligados a buscar trabajo en Estados Unidos.

Hace ya casi cuarenta años que comencé a frecuentar la zona de los volcanes acompañando a campesinos de los estados de Puebla, México y Morelos a depositar ofrendas en los lugares sagrados para propiciar las lluvias y controlar el clima mediante conjuros y dispositivos mágicos. La vida de los pueblos, todavía apacible en aquellos años, se ha visto perturbada cada vez más por las demandas, las expectativas y los instrumentos del mundo moderno. La vida campesina, que todavía en la década de los ochenta del siglo XX predominaba en la región, fue cediendo gradualmente a las exigencias de una modernidad que la excluyó del proyecto nacional, si es que al desorden que se vivió en aquella época se le podía llamar proyecto nacional. Fue un campo abandonado por las políticas oficiales, sin créditos, sin asesoría técnica, sin facilidades para comercializar los productos agrícolas. ¿El resultado?: los jóvenes buscaron desde entonces otras opciones en las pequeñas y grandes ciudades. Durante esas casi cuatro décadas pude presenciar cómo el pavimento y el vehículo motorizado sustituyeron a la terracería, el burro, la carreta y la bicicleta, pero no para transportar de mejor manera los productos agrícolas, sino para facilitar la salida de mano de obra de la región hacia las zonas urbanas. El abandono de la agricultura por parte del estado incrementó el desempleo, la descomposición social, el alcoholismo, la delincuencia juvenil y la migración hacia las grandes ciudades de México y Estados Uni-

dos. Hoy la región de los volcanes tiene muy pocas alternativas laborales que ofrecer a sus jóvenes, a pesar de que se pudren en el piso, año tras año, cientos de toneladas de diversas frutas y de que hay una creciente cantidad de tierras ociosas de excelente calidad.

Por esos caminos pavimentados llegan también millares de refrescos embotellados y bebidas artificiales, toneladas de golosinas, alimentos enlatados y toda la gama de porquerías industriales que se pueden ingerir para satisfacer las necesidades creadas por la publicidad y hasta hace poco desconocidas en la región. La milenaria trilogía de maíz, frijol y calabaza está siendo sustituida por frijoles enlatados, chicharrones y sopas Maruchan. Este giro en el consumo ha provocado que el unicel y el plástico invadan todos los espacios, al grado de que es imposible recorrer un par de kilómetros sin encontrar basura a la orilla de la carretera. Además, están los incendios forestales, que cada año consumen miles de hectáreas de bosque, y la habitual tala clandestina, ante la que no ha habido autoridad federal, estatal o municipal capaz de ponerle fin, a pesar de los esfuerzos, casi heroicos, llevados a cabo por el personal del Parque Nacional Izta-Popo. La televisión se ha convertido en el centro de atención dentro de los hogares, introduciendo nuevos valores y maneras de mirar el mundo que operan lentamente sobre el imaginario colectivo. La educación pública y los medios masivos han desterrado casi por completo el idioma náhuatl y los pocos que lo hablan prefieren olvidarlo o negar que lo conocen.

La sola enumeración de estas condiciones nos hace pensar que un desastre en la región no está por llegar con una posible erupción del volcán, sino que ya ha llegado por medio de la devastación ecológica y el profundo deterioro de la integración social y la economía. Este contexto apenas esbozado tiene, desde luego, matices locales, pero indudablemente se trata de una tendencia que no ha encontrado políticas públicas adecuadas, a pesar de la llamada Cuarta Transformación, para reconstruir eficientemente la agricultura y ofrecer un futuro mejor a los habitantes jóvenes de la región, que, repito, se ven obligados a migrar a las ciudades de México y Estados Unidos en busca de mejores oportunidades. En estas condiciones sobrevive un mundo campesino proveniente de una larga tradición nahua, que ha llegado hasta nuestros días debido a su capacidad de mutación: una tradición que ha sabido perma-

necer transformándose a sí misma y adaptándose a nuevas condiciones históricas. Quizá la característica más sobresaliente de esta tradición sea la preservación de un culto a la naturaleza, manifestado más específicamente en una cosmovisión y una ritualidad vinculados con los fenómenos atmosféricos que permiten obtener buenas cosechas.

Por diversas razones, no existe en el país una zona geográfica que tenga la importancia simbólica de los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl. Su presencia en la memoria colectiva se cuenta por siglos. El volcán, que tradicionalmente había sido concebido como fuente de abastecimiento de lluvias y semillas, de pronto, con la irrupción de Cortés y sus soldados, fue usado para extraer azufre y abastecer de pólvora a los conquistadores; sus columnas de humo, que en tiempos de Moctezuma II fueron vistas como presagios, pronto serían comparadas por Motolinía con la torre de la iglesia mayor de Sevilla; el volcán, cuyo cráter fue visto por los clérigos de los siglos XVI y XVII como una entrada al infierno, más tarde, con la Ilustración, fue analizado como un fascinante fenómeno natural, digno de ser estudiado y explotado para aprovechar mejor sus recursos. De las más diversas maneras, quienes se acercan a él establecen una intensa relación con la montaña, que puede consistir desde la satisfacción de alcanzar su cumbre en el primer intento hasta la frustración de no haberlo logrado nunca, como le ocurrió al Che Guevara; los volcanes han inspirado a una gran diversidad de artistas plásticos, cuyos estilos comprenden desde los tlacuilos que los representaron en códices como el *Vindobonensis* o el *Telleriano-Remensis,* y los creadores de biombos virreinales del siglo XVIII, hasta pintores como José María Velasco, Jesús Helguera, Roger von Gunten, Vicente Rojo, Joaquín Clausell, el Dr. Atl o Daniel Lezama, quien nos ofreció un fascinante giro en la representación humana de estas montañas en su pintura *La fiesta de los cerros,* que ilustra la portada de esta nueva edición; fotógrafos como Hugo Brehme, Manuel Álvarez Bravo o Everardo Rivera; escritores como Fernando del Paso, José Emilio Pacheco o Malcolm Lowry, entre tantos otros cronistas y viajeros; Antonin Artaud escribió sobre él un loco poema escatológico y André Breton y León Trotsky comieron con buen apetito tortas compuestas dentro de su cráter. La figura del Popocatépetl no es sólo la de una montaña: también sue-

le presentarse en sueños, al igual que la Iztaccíhuatl, en diversas formas humanas, para dejar mensajes e indicaciones rituales a los campesinos especialistas en el manejo del clima.[†]

Algunos de los viejos tiemperos que conocí han fallecido, otros ya habían muerto cuando comencé a frecuentar la región. Con la ausencia de todos ellos se desvanece gradualmente una manera de concebir y vivir el mundo: doña Teófila Flores, don Abundio, don Trinidad Grande, don Manuel Jiménez, don Pedro Analco, don Lucio Campos, don Marciano Sánchez, doña Pascuala Texcatl, doña Presi y don Rejo, y don Silviano ya no están entre nosotros, pero su presencia, según su propia cosmovisión, adquiere hoy nuevas formas que les permiten revelarse en sueños o estar presentes en las invocaciones de quienes continúan los rituales como trabajadores del temporal, pidiendo la lluvia en la oscuridad de las cuevas, en los nacimientos de agua, en la cima de los cerros, o caminando en la nieve que cubre los pastizales de alta montaña y los arenales cercanos a los glaciares, mientras pasan las nubes rozando sus cabezas. Precisamente en esta nueva edición añadí un capítulo sobre la iniciación, mediante la caída de un rayo en sus personas, de una nueva generación de tiemperos en los estados de México, Morelos y Puebla.

Quisiera decir, por último, que tengo una profunda gratitud hacia todas las personas que me acompañaron en este largo proceso y un aprecio muy especial hacia quienes han podido ver los volcanes en sueños, o escuchar su voz en el silencio de la noche.

Atlixco, primavera de 2026

[†] Véase AA. VV., *Popocatépetl Iztaccíhuatl.*

El ombligo del sueño

Tan improbables como son todos estos hechos, resultan tan probables como aquellos que pueden haber sucedido, o como cualesquiera otros que nunca nadie pensó que pudieran ocurrir.
James Joyce

Este libro tuvo su origen en un sueño. El último día de abril de 1989 me encontraba en el albergue de Tlamacaz, en el volcán Popocatépetl, con un grupo de amigos. A sugerencia de uno de ellos, caminamos por el bosque y pasamos ahí la noche a fin de acostumbrarnos a la altura, pues en los próximos días asistiríamos a los rituales de petición de lluvias acompañando a los campesinos de la región. Al día siguiente debíamos descender al pueblo de Xalitzintla para presentarnos con el hombre que realiza estas ceremonias. Un par de años antes, el vulcanólogo Alejandro Rivera lo había conocido casualmente durante una excursión que hizo al volcán con un grupo de alpinistas. Nuestro propósito en esta ocasión era escribir un reportaje para el diario *La Jornada* a sugerencia de su futuro director en Puebla, Aurelio Fernández. Aquella noche, antes de irme a acostar, tomé un par de tragos de tequila con el fotógrafo Everardo Rivera; el efecto relajante fue inmediato. Me subí a la litera y me quedé dormido en el acto; sin embargo, no pude conciliar el sueño durante toda la noche, pues una y otra vez me despertó una imagen que me impedía descansar: cada vez que volvía a dormirme, en mi sueño aparecía un boquete que era simultáneamente un cráter y un ombligo. Dentro de aquel hueco descendía desde lo alto un haz de luz que yo debía mantener en el centro. La luz se balanceaba lentamente de un extremo a otro y la imposibilidad de fijarla me despertaba. A la mañana siguiente comenté lo que me había sucedido y nos reímos culpando al tequila por la mala noche que había pasado, pero cuando estuvimos en el pueblo me quedé sorprendido al enterarme de que el lugar sagrado al que asistiríamos se llamaba El Ombligo. La coincidencia con mi sueño era evidente y me entusiasmó la idea de iniciar de esta manera una relación

con los volcanes y con los campesinos que les rinden culto. Después de presenciar aquellas ceremonias, quedé atrapado en la región. Me conmovió la humildad, la ternura y la naturalidad en el trato que los campesinos han establecido con los volcanes; sus relatos míticos y sus ritos nos permiten comprender e intentar una relación con la naturaleza que esté más allá de su simple utilización como recurso para la producción. Cada procesión que los campesinos realizan a sus lugares sagrados es una lección de ética y de respeto por el mundo en que vivimos, una muestra de afecto por los antepasados y un gesto de alegría y devoción por la vida.

Como bien dice el filósofo Byung-Chul Han, los ritos son acciones simbólicas que transmiten valores que mantienen cohesionada a una comunidad. Los ritos generan una comunidad que crea ejes de resonancia armónica establecidos socioculturalmente: en primer lugar figuran los *ejes verticales* (que establecen relaciones con las deidades celestiales y los espíritus que habitan el inframundo, teniendo como punto de conexión entre estas dos dimensiones a la naturaleza, donde habitan los seres humanos), es decir, se genera un *axis mundi* o "eje del mundo" que permite la intercomunicación de estos tres niveles de la existencia; en segundo lugar, están los *ejes horizontales,* que vinculan a la comunidad social entre sí y con otras comunidades, y finalmente los *ejes diagonales,* referidos al estrecho vínculo de los seres humanos con las cosas, con su valor de uso material y simbólico, como ocurre con los instrumentos de trabajo, las imágenes religiosas y su parafernalia ritual, etcétera. Es decir, los rituales son, fundamentalmente, técnicas simbólicas de instalación de un hogar y, en el caso de los rituales de petición de lluvia, ese hogar es la naturaleza misma.

Los rituales transforman el "estar en el mundo" en un "estar en casa": hacen del mundo un lugar confiable. Los rituales son en el tiempo lo que una vivienda es en el espacio: hacen habitable el tiempo, lo ordenan y acondicionan. Los rituales son en la vida lo que en el espacio son las cosas. La durabilidad de las cosas estabiliza la vida humana. Esa misma función cumplen los rituales: estabilizan la vida gracias a su mismidad, a su repetición. Hacen que la vida sea duradera.[†]

[†] Han, *La desaparición de los rituales*.

En los últimos años se ha producido una disputa por los espacios sagrados en la región de los volcanes, disputa que no pocas veces ha derivado en la destrucción o el robo de cruces y ofrendas, o en la vandalización de patios y objetos ceremoniales.

En sentido estricto, quiero decir, considerando su condición de hierofanías, los lugares sagrados son sitios donde se manifiesta lo divino, lugares de contacto con lo sacramental; son, como bien dicen los tiemperos y campesinos que los acompañan, "lugares delicados", de veneración, donde se debe guardar el máximo respeto. En consecuencia, el lugar sagrado otorga un poder personal y un prestigio social a quien ha recibido el don, desde el cielo, para actuar ritualmente en él.

Tal es el caso, como veremos más adelante, de don Antonio Analco, quien recibió una señal del cielo durante una sequía y a plena luz del día, cuando al enderezar una cruz, que cumple una función mágica de equilibrio entre el sol y la lluvia, se escuchó un fuerte tronido entre las nubes. Esto le valió el reconocimiento de los pobladores de Santiago Xalitzintla para cumplir con el trabajo de tiempero que su padre, don Pedro Analco, había llevado a cabo años atrás con el tiempero de San Mateo Ozolco, don Manuel Jiménez, y el tiempero de San Buenaventura Nealtican, don Trinidad Grande. Don Antonio, en cambio, realizó su trabajo durante varios años en estrecha colaboración con las mayordomías de los cristos del Sacromonte y de Chalma, que cada dos años se relevan en el pueblo. Lamentablemente durante 2017 ocurrieron malentendidos, envidias y habladurías que terminaron por separar a las mayordomías que acompañaban a su pedidor de lluvia durante las fechas significativas para el ciclo agrícola.

Desde entonces, don Antonio se vio obligado a celebrar el cumpleaños de Gregorio Popocatépetl, el 12 de marzo, ya no en El Ombligo, sino en un paraje de Tlamacaz que fue debidamente consagrado. Asimismo, el 30 de agosto, día de santa Rosa de Lima, ya no se celebra a Rosita Iztaccíhuatl en la cueva y la cascada donde habitualmente se festejaba, sino que ahora se realiza en un paraje conocido como Apatlaco, al pie de una hermosa cascada. Ambas fechas comprenden el ciclo agrícola primavera-verano. Desde entonces, en sustitución de las mayordomías, han acompañado a don Antonio varios grupos de danzantes organizados en diversos *cal-*

pulli, lo que ha provocado un cambio significativo en el contenido del ritual, que ya no tiene como eje central una cruz, sino imágenes de deidades prehispánicas rodeadas de semillas de maíz, frijol, calabaza y haba, entre otras, colocadas al ras de la tierra. Entonces está sucediendo un fenómeno interesante. Si el ritual de don Antonio con los mayordomos estaba estructurado con oraciones y alabanzas del rito católico, en los últimos años esta estructura ha sido sustituida por invocaciones de sus nuevos acompañantes a las antiguas deidades nahuas: Tláloc, el dios-lluvia principalmente, pero también Chalchiuhtlicue, deidad de las aguas terrestres, los ríos, las lagunas y los manantiales; de Xochiquétzal y Xochipilli, deidad de las flores, la danza, la música y el juego, y de Ometéotl, deidad suprema de la dualidad que rige la dinámica del cosmos y los seres que lo habitan mediante la eterna alternancia de sus componentes opuestos y complementarios.